

NICOLÁS LARA

Apenas tengo dientes en la boca



Edición: Javier L. Mora
© Logotipo de la editorial: Umberto Peña
© Ilustración de cubierta: *S/T*, de Nicolás Lara. Dibujo, 2010

© Herederos de Nicolás Lara, 2024
Sobre la presente edición: © Casa Vacía, 2024

www.editorialcasavacia.com

casavacia16@gmail.com

Richmond, Virginia

Impreso en USA

ISBN: 9798883812742

© Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones que establece la ley, queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del autor o de la editorial, la reproducción total o parcial de esta obra por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias o distribución en Internet.

Con una puntualidad que parecía más alemana que cubana se abrieron las puertas del Centro de Desarrollo de las Artes Plásticas, justamente al doblar del taller, a unos metros de la sede del Fondo de Bienes Culturales. En lo que queda de la famosa Plaza Vieja, la plaza más antigua de La Habana. El olor de la caldosa que se cocinaba con leña en el patio llenaba todo el espacio.

Corresponsales extranjeros, personajes del cuerpo diplomático acreditado en el país, artistas de nombre, curiosos, esnobs, putas

elegantes, funcionarios de la Dirección del Partido, de la Dirección Central del Estado, ministros, esposas de ministros, amantes de ministros, generales y doctores, artistas jóvenes y, en el centro, Beatriz Aulet, conocida como la Muñeca, era la última cara del equipo de Marcia Leiseca que aún tenía relativo poder en el aparato cultural cubano. Peinada hacia atrás, con el pelo engominado. Nadie, en todos estos años, había visto a Beatriz sin esa gomina en el pelo, cosa que ella no tenía interés en evidenciar.

Hablaba poco, realmente bonita, le gustaba fumar cigarros More, mentolados. Los visitantes extranjeros que ya conocían su gusto se los traían por toneladas. Su asesor principal era el pintor Tonel, a quien acompañaban el crítico José Veigas y Cristinita para los asuntos administrativos. Vestida con un traje que le llega hasta los pies, blanco, con unos dibujos del maestro Mendive, es una especie de ensalada César. Nadie la ha visto nunca en ninguna actividad acompañada de esposo o hijos, y tiene siempre la sonrisa adecuada para cada saludo.

Estudió una licenciatura en Historia del Arte en un curso para trabajadores. Ha estado siempre en la labor burocrática: proviene de la antigua Editorial Nacional, de la época en que la dirigía el escritor Alejo Carpentier. Pero, sobre todo, a través de su mentora y amiga Marcia Leiseca, pertenece al círculo de Armando Hart.

Subo con el grupo. Pili se me ha enganchado. Cuando llegué, ya estaba en la puerta, esperándome. También está Manolo con una muchacha recién graduada de literatura latinoamericana, muy rubia, algo gordita, llamada Niurka. Y Tomás Esson, el héroe, el hombre de la exposición *A tarro partido* que ha viajado a varios lugares y es profesor en San Alejandro. El sistema lo ha empezado a aceptar. Aunque después de aquella exposición Tomás no ha hecho nada realmente agresivo, ha mantenido la misma línea sin... Se ha puesto límites, pienso.

Entramos a los distintos salones. Mi obra está en el otro piso, el último. Aquí todo alcanza, no es como en la inauguración del taller de serigrafía que fue un pandemónium. Circulan las bandejas con croquetas pequeñas, cuadritos de jamón, queso. La gente come a discreción. Algunos meten lo que pescan en náilonos que irán a parar a carteras, bolsos y mochilas. Se puede pedir un whisky con soda o a la roca, una cerveza o ambas cosas.

Recuerdo una anécdota que me contara el difunto Waldo. Una reunión, en los primeros años de la Revolución, en Casa de las Américas,

presidida por Carlos Rafael Rodríguez. En medio de aquella conversación donde se hablaba de Gramsci, de Lukács, del Che Guevara, de la ética y la estética, apareció una bandeja con langosta y Antonia Eiriz, Ñica, la mejor pintora de este siglo en Cuba, delante de todos los pinchos, dijo a Carlos Rafael Rodríguez: *Un momento, doctor, un momento*. Carlos Rafael Rodríguez se quedó serio, y Ñica se movió, abrió su cartera, sacó una bolsa de nailon y, prácticamente, la llenó de langosta. Después cerró la bolsa, la metió en su cartera. Carlos Rafael Rodríguez no sabía qué hacer. Ñica le dijo entonces: *Doctor, es cierto que no solo de pan vive el hombre, pero la langosta se ve muy poco, y con esta langosta haré un arroz amarillo del que comeremos toda la semana*. Carlos Rafael Rodríguez se puso rojo como un tomate.

El objeto esculturado está bien. Se reparte un catálogo en el que inmediatamente me lanzo a buscar mi nombre. Agarro dos o tres más. También han hecho un pequeño póster de la expo. Me apodero de dos o tres. Todas esas cosas hay que guardarlas, lo único que queda de una exposición es eso: el catálogo, el cartel. Después las exposiciones se olvidan, las desmontan y, pasado el tiempo, nadie se acuerda de que ocurrió. Pili también coge varios, Manolo, todo el mundo. La gente se ríe, hacen cuentos. Aparece Pepe Franco, un pintor ecologista que fuera el primer esposo de Sandra Ceballos. Ahora está casado con una argentino-judía que trabaja en el Centro Wifredo Lam. Una mujer bella, algo pasada de peso: está en estado.

Todo se desenvuelve bien. Abajo sigue el olor a la caldosa cocinándose, ligado ahora con el olor de un puerco que se está asando: los antiguos combatientes del Ejército Rebelde están haciendo esa comida en homenaje al arte cubano, al nuevo arte cubano.

Manolo, Pili, Niurka, un grupito, hacemos un aparte. Pili está más elegante que nunca, con un vestido negro que le llega hasta los pies. En su espalda, al aire, se ve su hermoso tatuaje. Se ha convertido en el centro: todos quieren verle el tatuaje.

—¿Es realmente un tatuaje o te lo has pintado? ¿Quién hizo la pintura? ¿Nikoletto, Mendive?

Ella engola la voz.

—Les voy a decir una mentira que pudiera ser verdad: me lo hice en Osaka, Japón, cuando fui de vacaciones.

—Ah, estuviste en Osaka, Japón —dice otra voz.

—Venía del Tíbet, de una gran meditación.

De pronto, viene alguien de prisa hacia nosotros.

—Corran —dice—, bajen al otro piso que hay tremendo *show*. ¡Hay un tipo cagando en el salón!

Bajamos. Cámaras de video, de cine; clics de leikas y nikonas. Hay un hombre inmenso de barba grande que pudiera ser Fidel Castro, pero no es Fidel Castro: es Ramón Grandal, el fotógrafo. Saca fotos del acontecimiento. Un redondel, un círculo y un periódico: el *Granma*, palabra tomada del inglés que se traduce como abuela. En la vida real, en una historia lejana, el Granma era un barquito que trajo a ochenta y tantos hombres hasta las costas del oriente del país, a fines de 1956, para el comienzo de una guerra civil. Ahora está en una urna de cristal frente al antiguo Palacio Presidencial y es un objeto de culto. El periódico surgió de la unión del antiguo periódico *Revolución*, cuyo director era Carlos Franqui, y el periódico *Hoy*, antiguo periódico de los comunistas del Partido Socialista Popular, el partido de Jesús Menéndez, santo patrono de mi familia.

El periódico está en el piso como si fuera una pequeña alfombra. En medio de esa alfombra hay agachado un joven que nunca he visto, de quien oiré su nombre hasta el cansancio, Angelito, un estudiante de pintura del ISA que no está en el proyecto, al que nadie ha invitado a *El objeto esculpado*. Por sus santos cojones ha decidido intervenir, ha decidido forzar las puertas de la historia de las artes plásticas de la isla como esos actores de televisión que se roban la cámara y logran pasar de extras a ocupar un papel protagónico. O como los que entran de forma espontánea al ruedo y, si el toro no los mata, se vuelven toreros y empiezan a ganar mucho dinero.

Se ha bajado los *jeans*. Usa unos tenis sucios y está defecando, está defecando, está defecando, y todo el mundo está ahí, las mujeres o mujerangas maquilladas: la esposa del embajador de España, la esposa del embajador de Italia, la esposa del embajador de Bélgica, la esposa del embajador del Reino de Países Bajos, la esposa del embajador canadiense, la esposa del representante de la Oficina de Intereses de Estados Unidos en Cuba, la esposa del embajador de Venezuela, la esposa del embajador de México. Está cagando, como si nadie existiera a su alrededor, como si estuviera en el baño de su casa, o en el baño de la beca, o en los baños del ISA, en esos bellos edificios construidos y diseñados al comienzo de la Revolución por el arquitecto Porro. Está ahí, cagando, tranquilo, como si por la isla no circularan ciclones,

como si en esta isla no hubiera policías. Está cagando, simplemente cagando, y le están sacando fotos, y lo están atrapando en cintas de video, en cintas de 16 mm y en algunas cámaras de aficionados.

Beatriz llega, pálida, la gomina se le ha ido del pelo. En unos segundos, la cagalera de este joven artista le ha borrado, como por arte de magia, la gomina del pelo, y el pelo se le ha transformado en pasa: ahora parece una medusa, una mujer de leyenda griega. Pero ella no es griega y estamos en Cuba donde no hay ni griegos ni leyendas, solo realidad, realidades unas sobre otras. Beatriz no sabe qué hacer. El único que se acerca y se agacha junto a la escena —debe tener la nariz muy entrenada para neutralizar el olor— es Félix Suazo. Se inclina y pregunta a Angelito por qué está haciendo eso. Angelito levanta la voz:

—Estoy cagando porque todo esto es una mierda. Este es mi objeto esculpado.

—¡Pero nadie te invitó!

—No hace falta que nadie me invite: me invité yo mismo.

—¿Sabes que esto te traerá consecuencias?

—No me importa. Estoy dispuesto a que el techo me caiga en la cabeza. Todo eso será parte de mi obra.

Termina de cagar y saca de un bolsillo de los *jeans* otro trozo de periódico, otro ejemplar del *Granma*. Con él se limpia el trasero con una tranquilidad pasmosa. Se pone de pie, se sube calzoncillos y *jeans*. Las mujeres no saben si mirar la mierda o mirar su pequeño rabo que está encogidito, recogidito. El muchacho es flaquito, parece que no ha comido lo suficiente.

—Soy Ángel, del Instituto Superior de Arte. Este es mi objeto esculpado, que todos me oigan.

Se queda quieto como una estatua junto a la mierda. La gente sigue ahí, Beatriz sigue ahí. Aparecen dos individuos de guayabera y pelado corto.

—Ángel, te están buscando allá abajo. La profesora Lupe.

Pero Lupe está a unos metros de mí y se queda asombrada, paralizada. Angelito observa a los que le hablan.

—¿Lupe?

—Sí, la profesora.

Angelito debe sospechar lo que todos sabemos, lo que es evidente: aquellos hombres de guayabera y pelado corto son policías. El muchacho debe haber pasado semanas, días, horas sin dormir pensando en

lo que haría; debe saber que este es el final lógico para estos casos, que ese es el punto, uno de los puntos sobre las íes de su acto, de su objeto esculturado. Avanza hacia ellos, uno de ellos, cariñosamente, como si fuera su hermano o un amigo de la infancia, un compañero de juegos de dama china o ajedrez, le echa un brazo por los hombros. Se alejan, bajan las escaleras y desaparecen.

Pepe Franco se acerca a la profesora Lupe.

—¿Tú no lo habías llamado? —le dice.

Lupe, profesora de estética del ISA, una mujer con muchas horas de vuelo en escenarios complejos.

—Debe ser alguna profesora nueva —le responde—. Hay mucha gente que puede llamarse así.

De inmediato gira y, en ese exacto momento, pasa una bandeja. Se dirige al camarero.

—¿No tiene una bebida sin alcohol?

Una mano aparece de la nada y le ofrece un vaso envuelto en una servilleta. Parece Coca-Cola o algo por el estilo. Se acerca Grandal a fotografiar la mierda. Lamento no tener una cámara. Sandra me encuentra con la vista. Se ve triste, sospecha lo que va a pasar. La actividad sigue su ritmo, como si no hubiera pasado nada, y Beatriz se mueve sonriente. Vuelvo a pasar por el sitio: la mierda no está. Ni los periódicos. El personal de servicio ha hecho su trabajo: imagino que han esparcido algo de perfume en el ambiente, porque no hay rastro del olor desagradable. El único olor que sube ahora es el de la caldosa y el puerco asado.

Alguien da una orden y se empieza a repartir la caldosa. Miles de pozuelos de plástico y cucharitas. La gracia es tomarla bien caliente, sobre todo después de tomar mucho alcohol. Es un reconstituyente, un energético. No me gusta mucho, prefiero los espaguetis. Pilar está como una ameba pegada a mí. No se me separa. La llevo a un rincón en penumbras. No voy a romper mi juramento: darle un besito en la oreja no es romper el juramento; apretarla y ponerle la cosa ahí, arriba del vestido, donde está su monte de piedad no es romper el juramento.

—¿Qué pasa, león? ¿No habías dicho que el yayabo no salía más? Parece que

*yayabo está en la calle
con su último detalle
y su ritmo sin igual.*

La beso. Es el único beso que le daré en toda la vida. Un beso largo, de lengua a lengua, de onda corta a onda larga, de la estática a la estética, de la estética a la ética, de la ética a despertar, y me separo.

—A veces es bueno pararse en el precipicio y mirar hacia abajo y alejarse. Oír, como Ulises, a las sirenas, pero estar amarrado.

—Tengo un cuchillo que corta cualquier amarra.

—Uuuuummmmmmm, me alegra saberlo. Espera un momento.

Me voy a otro grupo. *Nikoletto, contróláte, contróláte, contróláte...* Aparece un medicucho, funcionario del Comité Nacional de la Juventud. De nombre común, fue durante un tiempo amante y protector de la poeta Reina María Rodríguez. Siempre en pose lastimera. Dicen que ha estado muy enfermo de hepatitis. Es vulgar, agresivo. Alguien le avisó de la cagadera de Angelito, llegó tarde y ahora está dando vueltas. Se detiene a mirar las fotos de los cocineros en las paredes, las palabras escritas donde se cuenta que fueron miembros del Ejército Rebelde. Llama a René.

—¡Esto es una mentira, esto es una falta de respeto! Has hecho pasar por combatientes del glorioso Ejército Rebelde a estos farsantes. Esto te puede traer graves problemas, René Francisco.

René, como los directores de equipos deportivos, hace un gesto en el aire y llama a los cocineros.

—Este amigo, Mazabala —el nombre del medicucho comisario—, dice que ustedes no fueron combatientes del Ejército Rebelde.

—¿Y tú de dónde saliste, chinchita? —dicen los cocineros a Mazabala—. ¿Quién coño eres tú para decir quién peleó y quién no en el Ejército Rebelde?

Sacan sus respectivos carnés de excombatientes. Mazabala no sabe qué hacer. Aparece Beatriz, diplomática y apaciguadora. Lo que pudo haber sido otro escándalo se diluyó como la suciedad en un lavamanos.

¿Qué será del muchacho que cagó sobre el *Granma*? ¿Adónde lo habrán llevado? Hago un inventario de pequeños escándalos por acciones similares que han ocurrido en las artes plásticas cubanas a lo largo de su historia. El grabador Carmelo González me decía que,

en los años 30 o 40, Carlos Enríquez quiso hacer una exposición en un lugar llamado Lyceum Lawn Tennis Club, y que al llevar sus obras unas viejas santurronas que dirigían el lugar le dijeron que eso no se podía exponer allí, que era una inmoralidad. Carlos Enríquez, ni corto ni perezoso, sacó las obras afuera y las expuso enfrente. Se bajó los pantalones y se agitó la pinga delante de las viejas. Y orinó. A nadie se le ocurrió llamar a la policía, aunque a una de las viejas le dio un desmayo y hubo que ponerle alcohol en la nariz para que resucitara.

En el periódico *Revolución*, el caricaturista Roberto Hernández Guerrero meó varias veces, delante de todo el mundo, a uno de los poetas más chismosos que circulaban por La Habana: Helio Orovio. Orovio hablaba tonterías de Guerrero por toda la ciudad.

No hace mucho tiempo, en una gran exposición en la Fototeca, los Artecalle, encapuchados, movían una manivela simulando imprimir algo. Los papeles caían en una palangana. De pronto, uno de ellos se sacó el rabo y meó en la palangana. Tampoco pasó absolutamente nada. Ojalá a Angelito no le pase nada y todo quede como una travesura. Pero el poder siempre elige un chivo expiatorio, nunca a un león.

Pili seguía en el mismo lugar en que la había dejado antes, los ojos dilatados, ansiosa. Una fuerza descomunal me impulsaba a llegar hasta ella, tomarla de la mano y salir a buscar un taxi. O llevarla al taller: tenía las llaves y a esa hora no había nadie allí. Podía entrar, meterla en el compacto. Podíamos templar ahí, sobre los cojines, o en la gran poltrona. O llevarla a su casa o a la mía, donde tampoco habría nadie. Pero junto a esa fuerza había otra que me obligaba a seguir caminando y me decía: ¡No! ¡Stop!

Me ladeé un poco y salí de su campo visual. Hablé con dos o tres que había cerca de mí y, un rato después, salí.

No fui al taller: caminé todo Obispo hasta Neptuno y Prado. Todo estaba quieto, no había casi nadie. A veces, las rondas de guardias de los Comités de Defensa; a veces, la patrulla de la policía que pasaba, gente que trabaja de noche, enfermeras... Era exactamente la una de la mañana. La magia había terminado y yo caminaba. Me abrí la camisa. Si un negro como yo se abre la camisa y camina así, en tono medio desafiante, la gente le teme un poco. Hasta la policía. Es muy difícil que un asaltador, viendo a un negro así... No llevaba nada de valor: los catálogos en el bolsillo de atrás, una camisa de trabajo limpia, remangada hasta los codos, unos *jeans* nuevos, pero sin etiqueta. Mis botas eran lo más valioso.

Llegué a un costado de la iglesia del Carmen, en Neptuno e Infanta. La zona de la universidad, del sitio de los ostiones, de la antigua cervecera checa. Me vienen a la mente Carmen Julia, Juan Ángel, Bárbara...

Rebasé la universidad, pasé frente al hotel Colina, llegué al Habana Libre, el cine Yara. Hacía unas horas que había estado con Lázara ahí. ¡Coño!, ¿y Lázara? No la vi en la exposición. ¿O sí? No recuerdo. A lo mejor me vio con Pili... Pili no le caía bien, me dijo que esa mujer era una comemierda.

Bajé por L hasta 17. Una tirada larga, pero ya estaba subiendo las escaleras de mi casa. Dormí como un lirón, muchas horas.

A las siete ya estaba de pie. Me bañé y me puse la misma ropa del día anterior. Dejé los catálogos: trataría de conseguir más. Cogí botella con un funcionario del Fondo de Bienes Culturales que vivía cerca de mi casa. Le decía el Gordi, nunca recordé su nombre, aunque me lo había dicho mil veces. Llegué a tiempo al taller, entre los primeros. Estaba Aldo Menéndez con cara seria.

—Estoy informado de todo lo que pasó.

Intercambiamos breves comentarios del asunto. Aldo me dio algunas instrucciones, me dejó unas cosas para Bernal.

—¿Te vas?

—Sí, estoy en el lío del viaje. Voy a buscar el pasaporte y esas cosas. No te preocupes, Nikoleta, tú serás uno de los que, dentro de un tiempo, va a trabajar allá.

Había algo de verdad y algo que podía no serlo en sus palabras. La verdad era que iba a buscar el pasaporte y que se iba a España con Ivón, su nueva mujer. Lo otro entraba en el campo de las palabras que se lleva el viento.

Empezaron a llegar los coletazos de *El objeto esculturado*. Angelito estaba preso, no se sabía dónde. La familia daba carreras llamando aquí, allá. A Beatriz Aulet la habían convocado a una reunión urgente en el Ministerio de Cultura, en la oficina de Armando Hart. Pasó ese día y otro y otro y otro, y pasó un taxi y un águila por el mar y los ruidos fueron tomando cuerpo: Beatriz Aulet había sido suspendida de sus cargos. Se le achacaba el que no hubiera tenido una actitud combativa, sin miedo, frente a la cagadera. Tenía un carné del Partido y era funcionaria de cultura: no podía permitir que semejante cosa ocurriera. Beatriz alegó que qué iba a hacer, que ella pensó en lanzar-

se sobre el cagalón, pero aquello estaba lleno de diplomáticos, de corresponsales extranjeros, y se frenó. Dijo que allí había otros, incluso hombres, que también eran militantes del Partido y funcionarios de otras instancias, y que ninguno hizo nada.

Hubo quien dijo que todo eso había sido una provocación muy bien organizada para sacar a Beatriz, la última funcionaria liberal en el campo de las artes plásticas. Llegaron a decir que Angelito era un oficial de la contrainteligencia. Mierda, mucha mierda, más mierda aún de la que soltó Angelito sobre el *Granma*.

El taller se convirtió en un escenario de plomo. La gente apenas hablaba, en susurros. Nos mirábamos unos a otros con cierta desconfianza. Cuando entraban Félix Suazo o Somoza, la gente callaba. Era la segunda actividad que ellos organizaban en que se armaban líos y rodaban cabezas: la primera, en el Castillo de la Fuerza, por la que rodó la cabeza de Marcia; la segunda, esta, por la que rodó la de Beatriz.

Todo era extraño. Somoza, siendo un escultor de escaso nombre, había viajado hacia dos años a Argentina, con un grupo de artistas de más nombre como Pepe Franco, Moisés Finalé, Consuelo Castañeda, Humberto Castro, que eran en aquel momento muy rebeldes, sobre todo Consuelo y Humberto, quienes habían declarado a un periódico canadiense o norteamericano que no seguían la línea de los “tojosis-tas” o los “campesinistas”, refiriéndose en específico a artistas como Chocolate, Nelson Domínguez y otros que, en los años 60 y 70, habían hecho una pintura sonriente, complaciente, que gustaba mucho al poder. En ese grupo de los complacientes situaban a Fabelo. Aquellas declaraciones de Consuelo y Humberto levantaron una pequeña tormenta en un orinal. Se dice que Chocolate, un excelente grabador, cogió por el cuello a Humberto Castro, y que este se cagó del miedo y le dio mil excusas. Nelson hablaba horrores de Consuelo por todos lados.

La inclusión de Somoza en ese grupo que viajó a Argentina llamó mucho la atención. Algunos decían que Somoza mantenía una estrecha amistad con el presidente del ICAIC, Alfredo Guevara. Somoza era un tipo muy agresivo, lleno de complejos.

En una exposición en la que participé en la Universidad de La Habana llamada *No es solo lo que ves*, en una de sus reuniones preparatorias me atreví a decir que el artista vive para la posteridad, citando los casos de Van Gogh y una serie de artistas que pasaron mucho trabajo

en vida y que solo después de su muerte obtuvieron un gran reconocimiento. Dije que el éxito no era cosa fácil. A Somoza le dio un ataque y por poco no me incluyen en la exposición. Somoza comenzó a dar gritos de que él quería el éxito ahora, *¡Ahora! ¡Ahora! ¡Ahora!* Era un Lenin gritando *¡Todo el poder para los soviets! ¡Todo el poder para los soviets!* Gritaba: *¡Yo quiero el éxito ahora, no mañana! ¡Ahora que soy joven! ¡Ahora que tengo vigor! ¡Ahora! ¡Ahora! ¡Ahora!*

Somoza carecía de ciertas virtudes: era patón, no sabía bailar. Tenía una novia bonita, casi la única novia que tuvo en su vida. Un hombre con muchas contradicciones y complejos, con un deseo de brillar que lo mataba. Un individuo así, decían los analistas, era muy fácilmente conducible. A lo mejor sin darse cuenta, como el león del circo al que un domador hace brincar y pasar por un aro de fuego. El león no ha perdido su esencia de fiera, pero hay una fiera más astuta que lo conduce, que lo controla.

Tal vez Somoza no sabía que tenía una fiera más inteligente que lo conducía, que lo llevaba. Eso decían algunos. Ni él ni Félix eran agentes provocadores. El único agente provocador que existía eran las propias circunstancias que estábamos viviendo, el hecho de que distintas fuerzas concurrieran en un mismo escenario, cada cual tratando de buscar un espacio a como diera lugar. Se hacían alianzas y contraalianzas. Una danza a la que se entraba sin saber con quién te tocaría bailar: la más inteligente o la más bonita o la más tonta o la más fea. No creo que fueran policías, pero la policía podía aprovecharse de ellos, y eso es otra cosa. El resto era leyenda, literatura de la mala, literatura de chismosos, de gente que querían ser artistas y no podían.

Somoza realmente es talentoso. Un individuo que se pasaba horas y horas estudiando y que tenía un gran poder de persuasión para arrancarle a los funcionarios un espacio para todos. Que después hubiese problemas, eso era ajeno a su labor. Es lo que ocurre cuando se abren las puertas de la democracia: nadie puede impedir o prever que un hombre coja un cuchillo y mate a su vecino. La gente gusta más del mito, y el mito era que Somoza podía ser policía, un teniente coronel de la contrainteligencia. Félix y él. Pero eso era literatura, solo literatura.

Pilar me llamó varias veces por teléfono. Se me aparecía. Una vez me llevó flores al taller.

—¿Y esas rosas? ¡Qué lindas! ¿Adónde vas?

—Son para ti.

Se suponía que debía ser yo quien le llevara flores a ella, pero... ¿Es machismo consensuado la caballerosidad?

—¿Puedo pasar al compacto?

—No.

—¿Por qué?

—Tengo que cuidar mi trabajo. Hay instrucciones precisas de que al compacto no puede pasar nadie: aquí es donde se imprimen las cosas. Ha habido problemas...

En realidad, sí podía hacerla pasar, pero evité que la fuerza que me empujaba hacia ella neutralizara a la fuerza que me mantenía célibe. Si la dejaba entrar, el celibato se convertiría en un vaso de cristal cayendo desde un octavo piso: se haría añicos. A veces pensaba en si mi amor no sería esta Pilar, la Pilar de los zapatos que se pierden en la arena, moviéndose entre el aya de la francesa y Alberto, el militar. Pero el corazón y un sexto sentido me decían que no.

—Ven, vamos a comer algo por ahí.

La invité a comer al restaurante Vietnam. Comimos por todo lo alto. Después, fuimos al Parque Central.

—Ya casi es fin de año y pienso ir al Rincón, como todos los años.

—Nunca he ido a ese lugar. He querido ir, pero mi familia dice que ahí se arman líos, que la gente va a protestar, etc.

—No va a ocurrir nada. Si quieres ir, te voy a buscar a tu casa. O me buscas en la mía, da igual. Tengo guardada una botella de ron.

—¡Coño, negro, qué bien!

—Te ofrezco mi amistad y solo mi amistad. Mi amistad sí, el rabo no.

No apareció más. Llegó el día de ir al Rincón. No llamó y tampoco hice el esfuerzo de hacerlo. Para la guagua había que hacer unas cosas enormes y subir dando empujones. Hasta Santiago de las Vegas. De ahí había que ir caminando varios kilómetros. Una muchedumbre enorme, impresionante: personas que llevan ofrendas, otros que van arrastrándose, otros que venían caminando sin zapatos desde La Habana, vestidos con tela de saco, de yute, pantalón, saya, camisa. Había gente que arrastraba una piedra amarrada al cuello; otros iban de

espaldas o dando vueltas. Cosas dramáticas de gente que había estado condenada muchos años por alguna enfermedad, o pidió un milagro de otro tipo que le fue concedido y debían promesas a San Lázaro. En fin, la onda milagrera.

Recordé mucho a mi padre, mi infancia, mi familia. Aquella vez en que caí de un primer piso y, en el aire, me acordé de San Lázaro, y no me pasó nada. Me llevaron al médico, me hicieron placas y nada: ni un hueso roto. Siempre que tenía un asunto, algún problema, llamaba al viejo Babalú Ayé y le prometía mil cosas que, después, por supuesto, no cumplía. En su última aparición no me exigía nada en particular, salvo el que cumpliera la promesa del celibato hasta que apareciera mi amor.

Era impresionante entrar a la iglesia, a empujones, a las doce de la noche. El día de San Lázaro es el 17, pero la gente va en la víspera, el 16, y espera allí. Llevan sus ofrendas, cantan. Es el gran lugar del sincretismo cubano donde se ligan la religión católica con las religiones africanas, la religión de los blancos con la de los negros. Pero esos bordes se han borrado: ahora es común ver a mucha gente blanca con collares de santería, vestidos de yute, sin zapatos.

Me siento feliz. Sé que mi amor llegará, que el celibato va a concluir... Cierro los ojos y me veo rodeado de perros, y veo al viejo sin llagas. Me llama por mi nombre, por mi verdadero nombre que nadie conoce. Me da la mano y nos abrazamos. Le digo: *Babalú*, y él me dice: *Adivino, tú eres un adivino, eres un olugo. Hace falta que te consagres...* Abro los ojos. Estoy rodeado de gente que no conozco. Cantan y gritan. Estamos en diciembre, hace frío, no he abierto ninguna de las dos botellas que traigo. Tal vez, a la salida de la iglesia, con cualquier desconocido o grupo con los que sienta empatía, me las beberé. He dejado de fumar y de beber. Bebo muy poco. Aldito se fue hace semanas. Después de Aldo, después de Alevel, después de Vizcaíno... Sé que no volverán más. Tal vez salga un día de la isla, pero siempre voy a regresar, porque, en realidad, no voy a salir...

ÍNDICE

Tierra a la vista / 11

Cultura para las vacas / 45

Las nubes salen por la puerta trasera / 127

Mejor que Picasso / 235

Encuentros / 361

Últimos títulos publicados por *Casa Vacía*

ARTURO DÁVILA

También garganta el mar
(poesía)

DIEGO L. GARCÍA

El lento hacer. Ensayos sobre imagen y escritura
(ensayo)

MARIO ARTECA

Cuello Mao
(poesía)

VASILÍ RÓZANOV

Motivos orientales
(ensayo)

YOURE MERINO

Asentamiento en la civilidad
(poesía)

PABLO DE CUBA SORIA

Monsieur Ferlinguetti
(prosa)

JORGE BRIOSO

Al modo de Narciso
(ensayo)

AMAURI GUTIÉRREZ COTO

Ágrafa pira
(poesía)

LEGNA RODRÍGUEZ IGLESIAS

Ilusiones de Botánica
(poesía)

JOSÉ PRATS SARIOL
Diaries for Stefan Zweig
(novela)

DAMARIS CALDERÓN CAMPOS
Sílabas. Ecce homo
(poesía)

MARÍA CRISTINA FERNÁNDEZ
Mandorla
(poesía)

ROMÁN ANTOPOLSKY
Multitud entre veredas
(prosa)

ALCIDES HERRERA
Vengarse en Word
(cuento)

ALBERTO GARRANDÉS
Marea baja
(novela)

ANTONIO ENRIQUE GONZÁLEZ ROJAS
100 películas a plazo fijo
(ensayo)

BENITO DEL PLIEGO
Integral. Dietario reunido
(poesía)

ALFREDO TRIFF
Barbey d'Aurevilly, dandi entre los dandis
(prosa)

MICHAEL H. MIRANDA
Hilachas
(prosa)